



Las tragedias griegas presentan esta moral en accion. Véase en ellas casi siempre á la justicia divina persiguiendo por sorprendentes caminos la impiedad, el desprecio de la hospitalidad, el parricidio, el incesto, el perjurio. La mayor parte de estas tragedias, y las más bellas, parecen un comentario de esta palabra de Dios en los libros santos: Yo visitaré la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generacion, en los que me aborrecen (1). Allí se ve un antepasado que ha cometido un crimen: este crimen, no expiado, se une á su familia como otro pecado original. Nuevos crímenes, espantosas catástrofes son su consecuencia. La venganza del cielo no detiene sus golpes sino cuando la posteridad del culpable es aniquilada, ó ha sido purificada por una gran expiacion.

En cierto sentido, todos los antiguos poetas, así griegos como latinos, forman en su conjunto una especie de comentario profano de la Santa Escritura. Lo que algunas veces admira en la lectura de los libros santos, es que el lenguaje y las costumbres sean allí tan diferentes de las nuestras. En el último siglo la impiedad sacó de aquí más de una objecion contra estos libros. Esto es porque se ignora la antigüedad. Para el que conoce los poetas y los demás antiguos autores, no existe tal extrañeza. Un escritor inglés hizo ver que un sinnúmero de locuciones, en particular del Nuevo Testamento, que ciertos críticos trataban de hebraísmos, barbarismos, solecismos, son locuciones familiares á los poetas y á los historiadores clásicos de los griegos (2). Cuanto más antiguo es el poeta, más parecido es su lenguaje á la Biblia, más parecidas son las costumbres que pinta á las costumbres de los patriarcas. A la extrañeza de la duda sucede la extrañeza de la admiracion. Lo que los griegos tienen de más antiguo en este género puede servirnos de ejemplo. Las poesías de Homero, á quien comunmente se coloca en el octavo siglo antes de Jesucristo, cantadas episódicamente por rapsodas, recogidas de la boca de estos últimos y puestas en orden por los desvelos y cuidados de Pisistrato, en el sexto siglo antes de la era cristiana.

Pues bien, el estilo de Homero tiene tanta semejanza con el de la Biblia, que un erudito ha hecho de esta idea una obra con el nombre de *Homero hebraizante* (3). Esta semejanza no es ménos notable por las costumbres.

En la Biblia Abraham y Sara, Aquiles y Patroclo, sirven por sí mismos á los amigos que van á verles; Patroclo enciende el fuego, pone la mesa; Aquiles corta las viandas y las coloca en el asador (4).

En la Biblia casi cada ciudad tiene su rey; lo mismo sucede en Homero. En la Biblia se ve á los patriarcas y á sus hijos guardando por sí mismos sus ganados; en Homero se ve hacer otro tanto á muchos hijos del rey de los tro-

(1) Exodo, 20.

(2) Blak Wall, *The sacred classics defered and Mus-trated*.

(3) *Homerus hebraizans* de Zacarias Bogan.

(4) *Iliada*, 9, v. 205, 217.

yanos. En la Biblia las hijas y las mujeres de los patriarcas van á la fuente y ocúpanse en todos los trabajos caseros; en Homero se ve á una hija del rey dirigirse á la fuente fuera de la ciudad, á otra dirigir la colada y á las reinas manejar el huso ó la aguja en medio de sus siervas. En Moisés los ejércitos se componen de infantes y de carros; lo mismo sucede en Homero, no se ven en él jinetes propiamente dichos. En Moisés el homicida involuntariamente huye á un lugar de asilo para librarse del primer resentimiento de los parientes del muerto; en Homero sufre un destierro al ménos temporal: Patroclo, aunque hijo del rey, es uno de estos fugitivos.

En la Biblia hay frecuentemente cuestion de esclavos; en Homero y los demás poetas se encuentran esclavos sin número; y éstos no son únicamente gentes del pueblo, sino esposas, hijos é hijas de reyes; Aquiles vendió como esclavos á muchos hijos de Priamo, Eumeo, esclavo de Ulises y pastor de sus cerdos, era hijo del rey de Esciros. En las comedias de Plauto y de Terencio, imitadas casi todas del griego, la mayor parte de los personajes son esclavos, varones y hembras; éstas, prostituidas ó á punto de serlo, son casi constantemente descendientes de una familia honesta y libre: este reconocimiento constituye más de una vez el desenlace; Terencio mismo, noble cartaginés, habia sido reducido á esclavitud; sin embargo, no hay una palabra contra la servidumbre del hombre por el hombre. Apenas nos ha quedado un fragmento del cómico Filemon, en donde se dice: «Todo el que es esclavo, es de la misma carne que tú, porque no hay hombre á quien la naturaleza haya hecho esclavo; únicamente la fortuna es la que así nos degrada (1).»

En la Biblia se ve venir el género humano, y con él las artes y las ciencias de Oriente á Occidente. Lo mismo se nota en Homero; aunque griego, representa á los troyanos más civilizados y más humanos que los griegos. Entre estos se ven sacrificios de hombres; Aquiles, inmola doce jóvenes troyanos sobre la hoguera de Patroclo; al rededor de la cual arrastra, durante doce dias, el cadáver de Héctor. Nada semejante sucede entre los troyanos. El abuelo materno de Ulises, por gracia de Mercurio, excedía á todos los demás en robo y en perjurio (2); Ulises tambien iba muy lejos á buscar veneno para sus flechas; rasgos salvajes, de los cuales nada aproximado se ve entre Priamo y sus aliados (3). Nestor pregunta á Telémaco, como una cosa completamente ordinaria, si no era ladrón de mar ó pirata, añadiendo que los griegos habian ejercido largo tiempo este oficio al mando de Aquiles (4). ¡Nunca Homero pone en boca de los troyanos un lenguaje semejante!

La Biblia nos muestra á los paganos, desconociendo al verdadero Dios, haciéndose dioses de

(1) *Comp. de Men. y de Filemon*, pág. 361. *Teatro de los griegos*, t. XIII, pág. 239.

(2) *Odisea*, XIX, v. 395.

(3) *Ibid.*, lib. I, v. 260, 265.

(4) *Ibid.*, lib. II, v. 72, 106.



los elementos, de los astros, de los reyes, de sus deudos, y aun de los animales. Homero y Hesiodo han sido para los griegos los grandes fabricantes de aquellos dioses. «En los primitivos tiempos, y esta es una observacion de Herodoto, los pelagosos llamaban generalmente dioses á los seres que habian sometido el universo al orden, y que gobernaban las diferentes partes de él; pero no les daban nombres particulares, porque no les habian oido. No fué sino en un tiempo muy lejano cuando supieron los nombres del Egipto. Más tarde, los griegos los aprendieron de los pelagosos. Decir de dónde vino cada uno de estos dioses, si todos existieron siempre, cuál es su forma, cómo son hechos, no se sabe, ni anteayer ni ayer por decirlo así, porque yo pienso que Hesiodo y Homero no vivieron más de cuatrocientos años antes que yo. Pues bien, estos son los que compusieron á los griegos una teogonia, dieron nombres á los dioses, asignaron honores, atribuyeron cargos y señalaron sus formas (1). Herodoto escribia esto hácia el año 450 antes de Jesucristo: añadiendo á estos 400 para Homero y Hesiodo, se tendrán 850, época hácia la cual murió el profeta Eliseo. Hasta entonces, pues, segun el primero de sus historiadores, los griegos habian generalmente llamado dioses á los seres superiores que formaron el universo y le gobiernan; pero no conocian el nombre ni la genealogía, ni los cargos particulares, ni la forma de ellos. Homero y Hesiodo les enseñaron todo esto. En la teogonia del último (2), los elementos de la naturaleza son visibles. Existia desde luego, segun él, el caos, en seguida la tierra, despues el tártaro, y en fin el amor. Del caos nacieron el Erebo (en hebreo la tarde) y la noche, que engendraron el Eter y el dia. La noche engendró tambien despues la muerte, el sueño, los sueños, la risa, la afliccion, las parcas, el fraude, la amistad, la vejez, la discordia. Los hijos de esta última fueron: el trabajo, el olvido, el hambre, los dolores, los combates, los homicidios, las batallas, las destrucciones de hombres, las disputas, las palabras engañosas, las contestaciones, la injusticia, la iniquidad, el juramento.

La tierra produjo por sí misma á Urano ó el cielo, despues á las montañas; unida al al cielo, dió á luz al Océano, Japet, Rea, Tetis ó el mar; en fin, á Cronos ó el tiempo. Cronos ó Saturno, unido á Rea, tuvo tres hijos y tres hijas: Hestia ó Vesta, Demeter ó Ceres, Heres ó Juno; despues á Aides ó Hades (Pluton), Poseidon ó Neptuno, y Zeus ó Júpiter. Se ve que el fundamento de esta teogonia es la personificacion de los elementos naturales y aun de las ideas morales. En cuanto á Zeus, su carácter varia entre los poetas: entre unos, como ya hemos visto, aparece como el Sér Supremo y en cierto sentido único, de quien proceden el cielo y la tierra, los dioses y los hombres; entre otros aparece como un rey de Creta, deificado despues de su muerte ó aun viviendo. En este nombre parece confundirse la idea del Dios supremo, la idea de su elemento y la idea

de un hombre. Esta última apoteosis se encuentra con frecuencia. En Eurípides, Orestes y Ilectro invocan como un Dios á su padre Agamemnon, muerto por su madre. Ciceron, afligido por la muerte de su hija, hace de ella una divinidad. Cuando moria un César ó era asesinado, los romanos hacian de él un dios.

La Biblia nos muestra esta idolatria como la fuente de todos los crímenes, de los sacrificios humanos, de la más abominable prostitucion. Los poetas y los demás escritores profanos nos hacen ver lo mismo.

Sus principales dioses y diosas se hacen culpables de adulterio, de incesto, de raptó, de seduccion, de robo. A uno se inmola sangre humana, á otro el pudor de las doncellas. En Eurípides exclama un personaje: «Castiguen los dioses á aquel de entre los mortales cuyo corazon es perverso: ¿es, pues, justo que vosotros, que habeis escrito las leyes que nos gobiernan, seais tambien los violadores de las leyes? Si aconteciera que un dia los hombres os hiciesen sufrir la pena de vuestras violencias y de vuestros criminales amores, bien pronto Neptuno, Apolo y vos, Júpiter, rey del cielo, os veriais obligados á despojar vuestros templos para pagar el precio de vuestras injusticias. Cuando indignas pasiones os arrastran, ¿habrá que extrañarse de que los mortales sucumban bajo el peso de ellas? Y cuando imitamos vuestros vicios, ¿somos culpables por esto, ó lo son aquellos cuyo ejemplo seguimos y á quienes tomamos por modelos? (1).» En Terencio se ve á un seductor autorizándose con el ejemplo de Júpiter para ejecutar su criminal intento.

Los poetas, sin embargo, hacian tambien entender que no eran aquellas más que ficciones. Además de los testimonios que han citado de ellos los Padres de la Iglesia, se encuentra uno muy notable en Eurípides. Uno de los personajes, Teseo, dice á Hércules: Ninguno de los mortales, ninguno de los dioses tambien, está exento de las ultrajes de la fortuna, si al ménos no son una mentira las relaciones de los poetas. ¿No mancharon el lecho nupcial, y formaron enlaces que todas las leyes reprueban? ¿No se les ha visto para poseer un trono cargar á sus padres de vergonzosas cadenas? Sin embargo, habitan el Olimpo y sostienen el pensamiento de los atentados que han cometido. ¿Qué dirás pues tú, que, nacido mortal, soportas con impaciencia los golpes de la suerte á que los dioses se muestran sometidos? Hércules responde: «¡Ay! Todos estos ejemplos son extraños á mis desgracias. No, yo no pienso que los dioses se entreguen á incestuosos amores, que amarren con cadenas las manos de sus padres; nunca lo he creído, ni lo creeré jamás, y no se me convencerá de que uno de ellos se haya hecho así dueño de otro. Un Dios, si hay Dios en efecto, no tiene necesidad de nadie; los poetas son los que han inventado estas miserables relaciones (2).»

Plutarco ha hecho una obra expresamente sobre la manera de leer útilmente los poetas.

(1) Eurípides, *Ion*, v. 452-463.

(2) *Ibid.*, *Hércules furioso*, v. 1343-49.

(1) Herod., lib. II, caps. LII y LIII.

(2) Hesiodo, *Teog.*, v. 211, 232.





La máxima fundamental de que parte, es un verso que dice: «Los poetas mienten con frecuencia.» A las ficciones que ostentan en un pasaje, quiere que se opongan las verdades que propalan en otro. Su último recurso es la autoridad de la filosofía.

Antes de él, Platon fué más lejos. No contento con vituperar á Hesiodo y á Homero, por haber atribuido á los dioses cosas que no son verdaderas ni de buen ejemplo, les destierra de su república. Hé aquí cómo discurre: «Un dios es esencialmente bueno, perfecto, inmutable. Todo el que dé sobre este punto ideas contrarias es falso, impio, y no puede ménos de corromper el alma y el corazón de la juventud. Hesiodo y Homero están llenos de estas escandalosas fábulas. Es preciso, pues, desterrarles, así como la comedia que no tiene otro objeto que hacer reír. La única poesía que podemos admitir es la que es propia á darnos de la divinidad una idea justa, y á hacernos sólidamente virtuosos (1).»

Hé aquí lo que decía Platon; pero ¿quién lo ejecutará? Desterraba de su imaginaria ciudad á Homero y á Hesiodo con sus fábulas; pero ¿quién les desterrará del mundo real? Quería que la poesía cantase la verdad, lo justo, lo bueno, lo honesto; pero ¿quién le hará conocer todo esto? ¿quién la quitará sus mantillas y hará que abandone sus vanas ilusiones? ¿quién le dará á conocer y cantará con seguridad al verdadero Dios? No será Platon ni Sócrates, sino Dios solamente. O más bien, la casa está ya hecha. Sin desterrar á Homero ni sus fábulas, la Providencia ha hecho mucho mejor que esto; les ha hecho, no solamente sin igual, sino útiles también; nos les ha dejado como un juguete de la humana infancia, que recuerda al hombre hecho el candor, la gracia, las ilusiones de la juventud, y le insinúa lo que ahora debe ser en la edad viril del catolicismo.

Lo que deseaba Platon, puede ahora hacer la poesía. Dios se ha manifestado por sí mismo y por sus obras. La poesía puede saber lo que es y lo que ha hecho; puede tomarle también por modelo. Poema quiere decir literalmente creación, poeta creador. En este sentido, Dios es el verdadero poeta; la creación, el poema de Dios. El fin de este poema es la glorificación de Dios en las criaturas; su duración es el tiempo; el universo es el lugar de él; la acción marcha de una á otra eternidad. Parece algunas veces suspendida, y como que retrograda; pero siempre avanza, llevando consigo los siglos y los pueblos. Presentanse obstáculos que parecen trastornarlo todo: la revolución de una parte de los ángeles, la caída del hombre; pero estos obstáculos vienen á ser un medio. Cristo se anuncia y aparece; es el principal personaje. Crea, rescata, combate, triunfa. Dios y hombre, espíritu y cuerpo, uno y reconcilia todo en su persona. Es el principio, el medio, el fin de todas las cosas. Quien le conoce bien, comprende fácilmente el poema de Dios; quien le conoce mal, le comprende también mal; quien no le conoce del todo, no le comprende del todo y se pierde

(1) Plat., *De repub.*, lib. II y III.

en un pequeño fragmento. El que le conociera y amara hasta identificarse con él en cierta manera, hasta contemplarle ya, por decirlo así, en su esencia, comprendería perfectamente todo el poema; comprendería, no solamente el conjunto de él, sino también los detalles; vería que todo, hasta una coma y un punto, son allí espíritu y vida. La creación en su totalidad le sería una poesía, una música, en donde cada palabra, cada nota tiene vida y habla. Arroba-do y fuera de sí, comprendería, vería, un santo nos lo ha dicho (1), cómo todas las criaturas tienen en Dios la vida, el movimiento, el sér. Vería cómo en Cristo, por diversas que sean, por disonantes que aparezcan, forman una inefable armonía. La vista de un ave, de un tallo de yerba, bastaría para despertar en él, como en Francisco de Asís, el sentimiento de este divino concierto. Su alma en éxtasis, como sucedió á Santa Teresa, exhalaría espontáneamente estrofas poéticas.

¡Ah! ¿Cuándo veremos poetas que respondan á su sublime vocación? ¿Cuándo se elevarán por la vivacidad de su fe y de su amor, hasta el seno del poeta eterno? ¿Cuándo se dispondrán, por la pureza de su corazón, á recibir el soplo divino del espíritu vivificante que animó á los profetas? Se quejan de que no les queda nada que cantar. Y los más célebres hasta la fecha no han hecho sino algunos versos del infinito poema de Dios.

#### HISTORIADORES.

Lo que Cristo es para la filosofía y para la poesía, es también para la historia: el centro de donde todo radia y adonde todo va á reflejarse.

Todo ha sido creado por él y para él; todas las cosas tienen en él su unión; es la sabiduría que abarca de una á otra extremidad con fuerza, y dispone todo con dulzura; es la verdadera luz que brilla en este mundo, y que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Nadie puede ser verdaderamente iluminado, verdaderamente sabio ó filósofo, si no es por él y en tanto que le conoce.

Uniendo en su persona Dios y hombre, espíritu y materia, siendo el mediador para glorificar á Dios en todas las criaturas y á todas las criaturas en Dios, trasfigurar, divinizar en cierta manera toda la creación: él es la verdadera fuente de esta sobrehumana armonía de pensamientos, de sentimientos y de lenguaje, que constituye la poesía perfecta.

Habiendo Dios su padre hecho por él los siglos, habiendo resumido, recapitulado en él todos sus designios, todas sus obras, la historia no puede encontrar sino en él el conjunto de los siglos y de los sucesos. Y de hecho, este conjunto no se ve en ninguna historia no cristiana.

Para la antigüedad de los tiempos, un sabio orientalista de nuestros días ha clasificado así las épocas en que comienza la certidumbre

(1) San Juan de la Cruz.



de la historia indígena entre los principales pueblos del Asia.

Los chinos en el siglo IX antes de Jesucristo.

Los japoneses en el VII.

Los georgianos en el III.

Los Armenios en el II.

Los Tihbetanos en el siglo I después de Jesucristo.

Los persas en el III.

Los árabes en el V.

Los indios y los mongoles en el XII.

Los turcos en el XIV (1).

Bueno es observar que no se trata aquí únicamente de la historia indígena de cada uno de estos pueblos, y en manera alguna, de una historia general de la humanidad.

Esto respecto del Oriente. En cuanto al resto del mundo, otro sabio de nuestros días resume así sus antigüedades históricas:

«La cronología de alguno de nuestros pueblos de Occidente no se remonta, por una continuada serie, á más de tres mil años. Alguno de ellos no puede ofrecernos, antes de esta época, ni aun dos ó tres siglos después, una serie de hechos enlazados entre sí con alguna verosimilitud. El norte de Europa no tiene historia sino después de su conversión al cristianismo; la historia de España, de la Galla, de Inglaterra, no data sino desde las conquistas de los romanos; la de Italia septentrional, antes de la fundación de Roma, es hoy casi desconocida. Los griegos confiesan que no poseyeron el arte de escribir hasta que los fenicios se le enseñaron, hace treinta y tres ó treinta y cuatro siglos; todavía mucho tiempo después, su historia está llena de fábulas, y no hacen remontar más que á trescientos años más arriba los primeros vestigios de su reunión en cuerpo de pueblos. No tenemos de la historia del Asia occidental sino algunos contradictorios extractos que no alcanzan, con alguna continuación, sino á veinticinco siglos, á Ciro, cerca de seiscientos cincuenta años antes de Jesucristo; y admitiendo lo que se refiere de ellos como más antiguo con algunos detalles históricos, no se elevaría apenas á cuarenta siglos partiendo de nuestros días.

«El primer historiador profano cuyas obras han llegado hasta nosotros, Herodoto, no tiene dos mil trescientos años de antigüedad. Vivía cuatrocientos cuarenta años antes de Jesucristo. Los historiadores anteriores que pudo consultar, Cadmo, Hecateo de Mileto, Caron de Lam-saca, etc., no datan más allá de un siglo antes de él.

«Puédese también juzgar de lo que eran por las extravagancias que nos quedan, tomadas de Aristeo de Proconeso y de algunos otros.

«Antes de ellos no había más que poetas, y Homero, el más antiguo que se posea, Homero, el maestro y el modelo eterno de todo el Occidente, no precedió á nuestra edad más que en dos mil setecientos ó dos mil ochocientos años.

(1) Klaproth, *Asia poliglota*, pág. 174.

«Cuando estos primeros historiadores hablan de antiguos sucesos, ya de su nación, ya de las naciones vecinas, no citan más que tradiciones orales y no obras públicas. Mucho tiempo después de ellos es cuando se han dado pretendidos extractos de anales egipcios, fenicios y babilónicos. Beroso escribió bajo el reinado de Seleuco Nicator; Hierónimo, bajo el de Antioco Soter, y Maneton, bajo el reinado de Ptolomeo Filadelfo. Los tres son únicamente del tercer siglo antes de Jesucristo.

Sea Sanchoniaton un autor verdadero ó supuesto, no se le conocía antes que Filón de Biblos publicase de él una traducción bajo Adriano, en el segundo siglo después de Jesucristo; y aun cuando se le hubiera conocido, no se hubiera encontrado en él, acerca de los primitivos tiempos, como en todos los autores de esta especie, sino una teogonía pueril, ó una metafísica de tal manera encubierta bajo alegorías, que es desconocida é incomprensible (1).»

Hé aquí, según estos dos sabios, todo lo que la antigüedad profana nos ofrece en materia de historia.

Aun cuando el primero hace remontar, para los chinos, el principio de la certidumbre histórica hasta el noveno siglo antes de Jesucristo, no quiere esto decir que tengan una historia escrita desde aquel tiempo. El Chu-King es el más antiguo monumento de la historia nacional de la China. Fué compendiado por Confucio, con trozos de obras anteriores, hacia la mitad del quinto siglo antes de la era cristiana. No es tampoco una historia propiamente dicha, sino una especie de tratado histórico de moral para uso de los reyes y de sus ministros. Cuvier no ve en él más que un romance moral y político (2). Doscientos años más tarde tuvo lugar, dicen los chinos, la persecución de los letrados y la destrucción de los libros bajo el imperio de Chi-hoangti, que quería destruir las huellas del gobierno feudal establecido bajo la dinastía anterior á la suya. Cuarenta años después, bajo la dinastía que había derrocado aquella, á la cual pertenecía Chi-hoangti, una parte del Chu-King fué restaurado de memoria por un viejo letrado, y otra fué encontrada en un sepulcro; pero casi la mitad desapareció pa-siempre. Un siglo antes de Jesucristo fué únicamente cuando Ssema-tsian, comenzó el primero una historia propiamente dicha de la China. Así, pues, hay sabios que no reconocen historia completamente cierta de este país, sino después del incendio de los libros, cerca de doscientos cincuenta años antes de Jesucristo (3).

Respecto á lo que sabían de historia antigua los griegos y los romanos, el más sabio de los romanos, Varron, distinguía en ella tres períodos: el primero que llama oscuro, incierto, desde el origen del género humano hasta el gran cataclismo; el segundo, que llama fa-

(1) Cuvier, *Discurso sobre las revoluciones de la superficie del globo*.

(2) *Ibid.*, pág. 218, ed. 1825.

(3) Goguet.